

CLARIDAD

PERIODICO SEMANAL DE SOCIOLOGIA, ARTE Y ACTUALIDADES

Organo oficial de la Federación de Estudiantes de Chile

Redacción y Administración; Fed. de Estudiantes, Santiago

Aparece los Sábados

Precio: 20 Cts.

AÑO I.

Santiago, Noviembre 13 de 1920

N.º 6

EL CARTEL de HOY

Desde que los hombres reunidos en Sociedad, concibieron la noción de justicia, trataron en todo momento de rodearla de la honra y del respeto de débiles y poderosos:

Se le ha dado al poder judicial independencia y garantías especiales, porque si su honra ha de ser la mas intachable es también la que se empaña al más leve soplo de prevaricación.

Su pedestal es el más alto, a pesar de esto los hombres que conquistaron tras cruentas revoluciones la libertad, no quisieron confiarle el sagrado depósito de juzgar la libertad de pensamiento. Temieron que sus pies, como los del Gigante de la leyenda—fueran de barro.

Ahora bien, sucedió que una infinidad de despreciables pigmeos se atrevió a congregarse a los pies mismos de este monumento para mirar de cerca la triste y árida desnudez de la montaña cuyos contornos verdaderos encubria desde lejos la colosal Estatua llamada JUSTICIA.

Como ella dejase hacer impasible, inquietáronse las entrañas surcadas de vetas de oro y plata de la montaña. Sintióse un violento sacudimiento y desprendiéronse desde la cumbre algunos peñascos que rodando vinieron a estrellarse contra la base del enigmático monumento. Desplomóse este estruendosamente logrando aplastar en su caída a algunos de los innumerables pigmeos que a su sombra miraban cara cara la aridez y deformidades de aquella montaña. Dice la leyenda que los pies tenia desgraciadamente de barro.

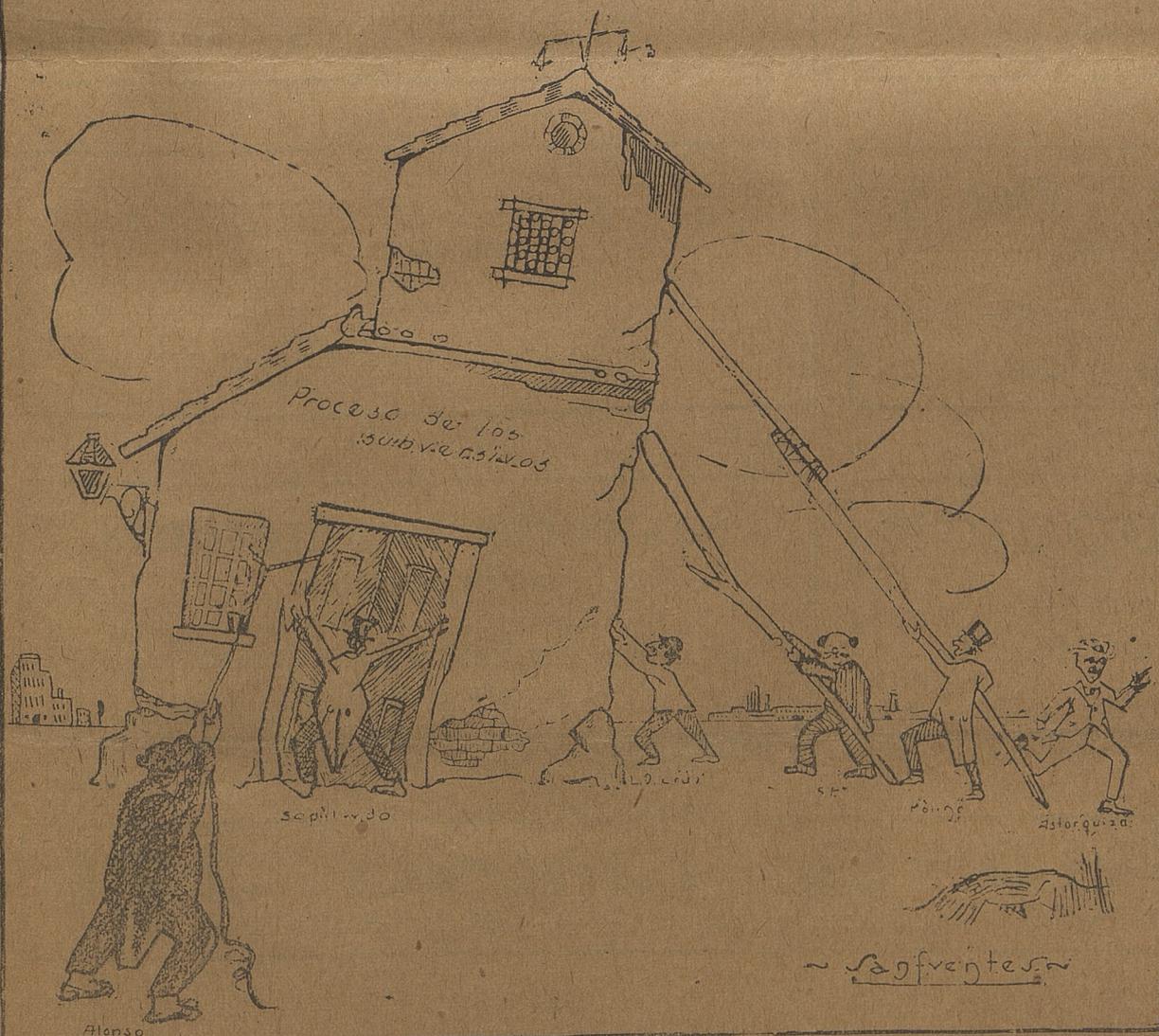
Perecieron aplastados algunos de los miserables pigmeos—pero eran tantos que se perdían en el horizonte.

Decidieron entonces a fin de precaverse de nuevas convulsiones subir a la montaña y clavar sólidamente los peligrosos peñascos.

Movióse el inmenso mar humano hacia las cumbres.

Poco tiempo más tarde aquella aridez se habia tornado en fecundidad. Domaron las entrañas, despreciaron el oro y la plata y explotaron el hierro, metal generoso.

Con él, en la cima mas alta hicieron una estatua a la Igualdad madre engendradora de la libertad, la justicia y la fraternidad.



Alonso, Sepúlveda, L. D. Cruz, S. E., Molina (cantando a coro): ¡Afirmarse niños que se nos cae el bulto!
Astorquiza (aparte): ¡Oportuna licencia!

Los Nuevos: Víctor Barberis C., por Martín Bunster Montero

Durante la visita que los estudiantes de Talca hicieron a Concepción, hace cuatro años, Víctor Barberis, alumno entonces del Liceo, leyó en el Ateneo de esta última ciudad un estudio sobre la intelectualidad talquina.

Henchidas de arrestos rebeldes, las palabras de aquel poeta adolescente tuvieron—una vez conocidas en el poblacho—el don de agitar los ánimos y de promover polémicas en los periódicos.

Víctor Barberis citaba nombres. Indiscutibles algunos. Desconocidos los más; pero cuya valía el tiempo se ha encargado de evidenciar. En cambio, silenciaba ciertas personalidades de artificio detrás de las cuales andaba el cortejo de las admiraciones rutinarias.

Además, tras una franca profesión de fé modernista, afirmaba: "Aquello de usar moldes trasaburdos de ceirse estrictamente a la retórica y demás chocheos de nuestra mamá política la Real Academia Española—(compuesta de seres respetables en cuanto a las canas que les ha pintado la Edad)—son accesorios acomodaticios, de que se

puede prescindir sin mayores consecuencias."

Todo esto entrañaba una grave lesión a los sagrados ritos de la incompetencia erigida en culto. Los pequeños eruditos de pueblo, los profesorcitos de castellano, sabihondos y estériles, los abogaditos literatizantes, que hacen arte como expedientes administrativos hubieron necesariamente de alzar el grito al cielo.

Y no faltó quien señalara la situación deprimente en que quedaba gran parte del profesorado del Liceo, ya que había alumnos consagrados y profesores que no lo estaban!

Mientras tanto Víctor Barberis aprontaba impasible el tumulto de injurias que se le prodigaban, y su personalidad artística se acentuaba cada vez más, al par que adquiría la conciencia de la carroña que bullía a su alrededor.

Hoy día Barberis se esfuerza, aquí, en la capital, por obtener un título universitario. El ambiente poblano, y esto desde lejos, adquiere tonos simpáticos y en el espíritu del poeta florece acariciante la nostalgia de las horas vividas.

Y acaso juuto a la imagen de un trozo de calle de la ciudad lejana, persiste todavía—¡oh, flor de los recuerdos! la caricia tibia de unos ojos de niña...

Aquí, sus hoy escasas ambiciones de gloria, le han ido alejando, poco a poco, de los cenáculos y de las revistas literarias. Prefiere laborar silenciosamente en la intimidad de unos cuantos muchachos que le comprenden, y que, como él, hacen vida de suburbio.

En la vida y en los versos de este poeta hay algo de la entereza moral del que ata su existencia a la necesidad de los hechos cotidianos y pone su emoción en la armonía única de todo lo creado, en el latir tautócrono de los instantes.

Sin ser un epicúreo ni un atormentado sexual, Víctor Barberis ha sabido huir de la ramplonería crasa de los que se entregan lloriqueando.

Sabiamente subjetivo a veces, gusta también, no poco, de acordar su música emocional con el ritmo interno de los hechos y de las cosas. Y es así como el hilvanar cotidiano de los momentos va agregando a su acervo poético nuevas sugerencias, siempre renovadas y siempre sencillas. La obsesión entrañable de los recuerdos, que se aviva a cada carta que llega; las alternativas gozosas y tristes que traen consigo los viajes; el presentimiento de algo doloroso que ha de venir—que no es más que una forma de la obsesión de la muerte,—todos estos estados de espíritu, efectivos, encuentran en los versos de Barberis un vaso maravilloso.

Y luego su manera de sentir el paisaje—tan suya—y aquellos retazos de la vida pueblerina en donde nunca falta de detalle novedoso y fresco, que habla de una inspiración verdadera.

Martín Bunster

EL JEFE DE ESTACION

Campechano, doctísimo en mostos y
[vihuelas.
ejerce sus funciones de jefe de estación.

Rien sus ojos pícaros como dos mu-
[chachuelas
en el circo del pueblo las noches de
[función

Cuando joven fué (dicen) socialista
[deveras
(A ratos le sacuden humos de rebelión)
adornan su casucha lindas enredaderas
y es famosa la dulce uva de su parrón

Sus hijas, dos morenas de caderas
[gloriosas,
en los días de fiestas—locuelas mari-
[posas.—
miran rodar los trenes soñandoun fo-
[lletín

La mayor de la escuela rural es pre-
[ceptora,
la otra, de boquita roja y prometedora,
con el telegrafista tuvo un serio deslíz.

SUPERSTICIÓN

La luna se alarga, rayando lo oscuro,
a la cruz del cerco que orilla el parrón.
Y los trasnochados sueltan un con-
[juro
que en la noche negra suena a mal-
[dicción.

Perdida en la iglesia bañada al car-
[buro
llora la campana su resignación.
Una sombra cruza allegada al muro,
y el viento revuela su pobre bordon

Una piedra rasga la noche, se obsti-
[na;
cae en el estero sangrando una inquina:
Círculos concéntricos. Y grazna un
[chonchón

En los rostros pálidos terror se adi-
[vina
y un grito siniestro rasga la neblina:
el alma del muerto que clama expia-
[ción ..

EL VIEJO

Allá, cuando mozo, su vida fué amarga.
Despiadadamente, le hacemos hablar.
Se atuzo el mostacho, enhebra la charla,
y empieza su historia vieja como el
[mar.

Un hipo de pena, furtivo, se escapa;
y él, cierra los ojos tarda en recordar,
lía su cigarro, guarda la petaca,
y el corro sonríe para no llorar.

El hambre es un cirio que arde en su
[mortaja.

Pobre viejo triste... El dolor le encaja
su fiebre, y el muere de tanto penar.
Alguna mañana de invierno temido
la muerte, piadosa, le habrá sorpren-
[dido
narrando su historia vieja como el
[mar...

MIENTRAS RUEDAN LOS AÑOS...

Mientras ruedan los años yo he pen-
[sado que un día
la mano del destino nos habrá de ale-
[jar.

Tú, sentirás la garra de la melancolía;
yó, saldré de la pieza por no verte
[llorar.

Los libros hacinados en loca algarabía.
Una carta que dice que debo regresar;
me han buscado una novia que me
[adora y es mía,
que me debo a mis padres y me debo a
[mi hogar

Se tenderá el olvido sobre el vivir
[opaco...

Recordarás un día: "Era un muchacho
[flaco,
se recibió de médico y una tarde se
[fué...

Y yo, vi-jo, en el fondo de un pue-
[blucho ignorado
recordaré tus ojos azules, tu peinado
y la vida en la santa pieza de un cité.

ORACIÓN

A la oración los álamos rezan una
[plegaria
que monotonamente sube de la arboleda;
y el viento vuelca, triste, de su cántaro
[el aria
quejumbrosa y dolida de la hora de
[queda.

Melancólico, un grillo canta en la paz
[agraria
su serenata enferma a la luna de seda,

y en la unción de la tarde, como una
[luminaria,
el río enrojecido un arbol remeda.

El sendero, del llano perfumado a
[poleo,
sube la fatigosa repecha del faldeo
y allegado a los cerros lentamente se
[pierde...

Y en un recodo un sauce,—filósofo
[greñudo.—
interroga al viajero con un sollozo mudo
en la última esperanza de su retoño
[verde.

VIEJO ROMANCE

Su aristocracia blanca solloza en mi
[tristeza
la gracia refinada de su divino andar;
y mi boca afiebrada sueña morder la
[fresa
de sus labios en donde monorríma un
[cantar.

Por sus ojos azules la divina diablaza,
y mis arrestos líricos sufren la sed de
[amar.

La he soñado en el fondo de un vaso de
[cerveza
entre el humo azulado y la fiebre del
[bar.]

En las noches enfermas de mi melán
[colía
(cuando pienso que nunca su boca será
[mía
y una angustia de siglos me muerde el
[corazón),
por evocar la historia de una noche
[lejana
cruzo en silencio bajo la paz de su ven-
[tana
la calle florecida de luna y de perdón.

PUEBLO

Cae la noche enferma sobre el pueblo
[dormido,
hilvanan su leyenda, donde medra una
[bruja,
las novias mientras sueñan el novio que
[se ha ido
Tras de la esquina el miedo temblando
[se arrebujá
Turba la paz el són lejano de un ladri-
[do,
un árbol con su copa agriamente dibu-
[ja
el recuerdo enfermizo del gran amor
[perdido
en las calles, polvosas de leyenda, se
[estruja.

Lentamente, en la calma fragante a
[limonero,
se aleja por la calle torcida el pregone-
[ro
hilvanando la amarga pena de su con-
[seja

Como enorme pupila la luna atisba
[arriba,
y fulgura un lucero su blanca luz es-
[quiva
sobre la torre gris de la parroquia vieja.

Víctor Barberis C.